

ROAD TO CC

Un relato de M^a Piedad GARCÍA-MURGA

*Two roads diverged in a wood, and I—
I took the one less traveled by,
And that has made all the difference.*

Robert Frost



Ese retroceso fue como tirar la piedra y esconder la mano. Pero no tenía otro método para fingir lo más dignamente posible, que se movía, mientras permanecía cada vez más encallada. Y no sabía, tampoco, ni si sentía algún tipo de necesidad. Se estaba bien ovillada aunque luego se entumezca hasta el hueso del talón.

Apenas casi sale la voz desde el cuerpo para pedir el billete de auto-res. Y *eso ha marcado toda la diferencia*. Siglos atrás, habría permanecido por sí, en algún remoto pero ansiado caso, les daba por llamar. La agenda estaba siempre en blanco por si querían darle una limosna.

¿Qué más da que ahora tampoco haya tinta en las páginas...? Al menos no esperan tumbadas. Y que quiera sin razón tampoco me hace quedarme sin sentido.

No tengo fuerza en los párpados, y me cuesta arrastrar los pies sobre esta tierra. No he abandonado la estación, aunque ya tengo el billete. No he marchado porque necesito ir al baño. Y después no necesitaba más. Pero me senté y contemplé a todos los desdichados viajeros. O a los que aguardan... lamentablemente, un cambio espacial que les aproxime al cambio de metáfora. Y me he quedado clavada, como unos ojos dolidos, en medio de la sala que, a través de sus cristales, observa cansada las dársenas arrasadas. Aún ha sobrado tiempo, y sin saber como lo logré, abandoné la familiar escena de mis encuentros y mis esperanzas. Nunca importa. Mañana te visitaré de nuevo. Espero no haber perdido la vista del todo. No queriendo ver más mundo ni más rostros. Las calles, todas, cuesta arriba, se me adhieren y se cuelgan de los muslos y cuesta un sacrificio elevar el peso de mis piernas.

Pero lo que más duele son la córnea y los párpados y las miradas que no son devueltas. Como cuando te giras para despedirte con la más brutal y arriesgada de las sonrisas y entonces... No hay ya un atisbo del brillo del cabello, ni de los iris con tanta prisa que quedaron sin besar las comisuras de la mueca de sandía, abierta de par en par. Pues esa ceguera necia es la que duele, no la de verdad.

O como cuando tenías que darte la vuelta porque a tus espaldas la chica caía herida de muerte al abismo de tu indiferente y soberbio orgullo. Y como cuando se iba muriendo y después nunca entendiste porqué no te diste la vuelta, porque eso era lo que querías, y porque en ninguna otra parte eras demasiado imprescindible.

No me sentía precisamente despierta o consciente. Me movía dificultosa como llevando unos nubarrones por corona. Nubarrones de humedad lacrimógena de la que dentellea por los huesos con reuma. Descubrí un inflamado y amoratado hematoma en mi pierna cuyo origen aún no alcanzo a recordar... pero ya lo he dicho, las cuencas oculares duelen con más ur-

gencia, golpeadas o no, húmedas o sombrías. Hastiadas hasta la arcada de no ver jamás lo que estás tapando, estorbando, poniéndote en medio y, no, no eres transparente, cariño. Más bien miserablemente opaco y algo ambiguo.

No quieren darse cuenta de que me incomoda su curiosidad. Añoño el ovillo. Cuando apenas reúno las fuerzas para trasladarme y caminar, encima, tengo que soportar que me observen así de vulnerable. Me parece una falta de consideración, nada peor que los entrometidos. Sin embargo, posible es no mirar, volverse invisible, tampoco tanto.

Nunca se me hizo tan largo el trayecto. No es una distancia verdaderamente importante, es sólo que parece que el tiempo se resbala sigiloso y grasiento, como si ahora el tic-tac lo marcara con mis pasos, y tal y como tiro la piedra, muchos de los pasos que doy son hacia atrás, y los devuelvo.

Y lo más increíble de todo es que he llegado antes de tiempo. ¡Vaya por dios! No era aún el momento. Resulta apabullante que mi noción temporal sea tan errática.

Pero ¿Qué digo? En absoluto. Para mí ha costado una eternidad llegar hasta este punto. Eso no pueden entenderlo y dicen que entro temprano. ¡Ah! ¿Se refieren al tiempo de todo el mundo?

“Disculpe, ¿Qué hora tiene?”

....

“Vaya, es que yo tengo otra, porque no uso reloj, ¿Sabe? Bueno, muchas gracias de todos modos.”

He tratado de investigarlo, sin resultados del todo relevantes. Todos tienen más o menos la misma cantidad exacta, unas cifras, de tiempo. Debo ser una excepción en toda regla.

Me refiero al minuto que te dicen que es auténtico, porque en todos los relojes distribuidos a lo largo y ancho de los confines de la tierra, hay un demiurgo que coordina y juguetea con el tiempo de las gentes.

A qué hora puedes amar, a qué horas no hacer el amor porque resulta indigesto, a qué hora marcharte sin avisar, a qué hora estrellarte contra el muro invisible que fingías no estar imponiendo entre nuestros cuerpos, a qué hora esconder el corazón y sacar el hocico de perro...

Y se atreven a decir que he llegado pronto. Y que se tarda francamente muy pocos minutos en llegar desde donde yo vengo. ¿Y si no estuviéramos de acuerdo? Sé que he llegado cuando había de hacerlo. Y que este es el más preciso instante. Ahora es siempre el mejor momento.

“Cada día estás más guapa”.

Y esta conjunción de segundos es un encantamiento alquímico que se vuelve afortunadamente eterno.

¿Y aún dirán -lo saben todo- que no he llegado... justo a tiempo?

MUERTE AL AMANECER

Un relato de Martha RINCÓN

A mí no me pareció tan raro, seguro que cualquier otra persona también habría sentido curiosidad. Pero no, él no, él no podía comprenderlo, dejó que su resentimiento me llegara a través del espejo. Yo, sentada en el borde de la cama y él de espaldas a mí, mirándome por el espejo.

Reconozco que debe ser doloroso pero tampoco creo que se trate de una molestia insoportable. Además, un poco de dolor ayuda a apreciar mejor los momentos buenos de la vida. ¿No se supone que es así? En el contraste está la esencia de todo.

Dicen que el amoniaco hace milagros. Mojé bien un trozo de algodón en lejía, pero lo de acercarme y ayudar, no quiso ni escucharlo. Dejé el algodón y la botella de lejía junto a sus pies, me puse las sandalias y me fui.

La ciudad olía a agua estancada y en los canales estrechos podía sentirse el vapor fétido y verdoso subiendo por las paredes porosas y agrietadas. No hay nadie en estas casas, aquí nunca vive nadie, todos están de paso. No existe nada más decadente ni más atractivo, supongo que la decadencia tiene su belleza. Para mí no existe otra ciudad como Venecia. Es verdad que en verano sus calles se llenan de planos turísticos y cámaras desechables. De repente, Venecia se convierte en la Torre de Babel. Millones de sandalias con calcetines blancos desacralizan el aura sagrada y todas las parejas del Arca de Noé deciden, aquí y ahora, apearse del arca y viajar en góndola. Es igual, todos los esfuerzos son vanos, por mucho que se haga no se puede matar el alma de esta ciudad.

Los cafés de la plaza San Marcos estaban llenos de parejas enamoradas. Gente contenta que tomaba algo al fresquito del aire acondicionado y hablaba serenamente. Gente civilizada, gente inteligente que sabe aprovechar la magia. No como nosotros. Yo, andando sola y él, también solo en una habitación de hotel, ungiendo con lejía su cuerpo acibillado... Candeggina, ya sólo por conseguírsela debería haberme perdonado.

Cinco en la espalda..., no me parecen tantas. Claro que por mucha flexibilidad que tenga, no va a llegar, es imposible. ¡Mira que es necio! Como no se eche directamente un chorro de lejía, no sé cómo va a poder curarse las de la espalda él solo.

Todas las profesiones tienen sus riesgos. Hay accidentes inherentes a cada profesión. Después de todo, si no tuviera el oído tan fino, no habría pasado nada. En el fondo todo fue por culpa de su oído. Casi todo el mundo puede dormir con el ruido de un ventilador, es constante, terminas por acostumbrarte, yo me acostumbré. Pero no, el señor violinista no podía dormir. Tuvimos que apagar el ventilador porque el ruido le molestaba... También es verdad que si su oído fuera un poco más fino, sería primer violín y entonces habríamos estado en un hotel mejor. No digo uno frente al Gran Canal, pero por lo menos uno en un canal más ancho. Él dice que no tiene nada que ver, pero yo estoy convencida de que los canales cuanto más pequeños más infestados. Y es aquí donde me llega la prueba de diplomacia; no creo que este sea el momento más adecuado para mencionar el tema del primer violín, no están los ánimos ahora mismo para ningún tipo de comentario.

Yo a Venecia habría preferido venir en invierno, siempre lo he dicho. Es mucho más romántico. Con la lluvia y la niebla, y el ruido de las alas de las palomas haciendo eco en los espacios vacíos de gente, los canales dormidos, los fantasmas paseando tranquilos sin que nadie los fotografíe... ¿Y qué dijo él? No, no, y no. El festival que le interesa es el de verano, teníamos que estar en Venecia en verano. Pues ya está, si vienes a Venecia en verano, asume los riesgos.

Nunca lo hablamos, nunca me dijo "si ocurre tal, tú tienes que hacer cuál." No entiendo por qué se ha enfadado. Además, hace mucho tiempo que me conoce, de sobra sabe que a mí me vence la curiosidad, tengo alma científica, ¡qué le voy a hacer! No permití que le tocara la cara, a mí me parece que debería tener en cuenta que su cara está intacta. En el brazo derecho sólo tiene cuatro, y solo una en cada planta del pie. Vale, de acuerdo, esas pueden ser un poco más incómodas, pero ¿no podría ignorar la incomodidad? Podríamos ser como el resto de parejas y sentirnos privilegiados por estar juntos en Venecia. Aquí el artista es él, se supone que debería tener sensibilidad para darse cuenta de estas cosas.

Ya he hecho mi examen de conciencia, tal y como me lo ha pedido, pero no me siento culpable. Veamos; él apagó el ventilador y abrió la ventana, ¿no? ¿Quién tenía calor?, ¿yo?

Diga lo que diga, no me lo creo. ¿Cómo puede ser posible que el ruido de un ventilador no lo deje dormir y, en cambio, lo que me despertó a mí, a él no lo despertara? Lo oí primero por la derecha, luego noté perfectamente cómo volaba por encima de mi cabeza hacia la izquierda, después el zumbido paró. Fue entonces cuando abrí los ojos. Estaba amaneciendo y una luz violeta y naranja inundaba la habitación... También podría no haberle dicho nada, entonces no se habría enfadado. Esto me pasa por contárselo todo.

Cuando abrí los ojos, lo vi, pequeñito, indefenso, con esa fealdad que no puede evitar. La cabeza desproporcionadamente pequeña para el resto de su cuerpo y ese aire patoso que no se corresponde en absoluto con la agilidad de sus movimientos. Un silencio profundo, el mosquito había detenido su vuelo en el brazo derecho de Daniel. He de decir que yo estaba en una posición privilegiada. Fue como en los documentales, pude ver cómo clavaba el pico para chupar la sangre. Un mosquito vacunando a un violinista en Venecia al amanecer, ¡era casi lírico! ¿Cómo iba a interrumpir una imagen así? Chupó, voló y aterrizó sobre el mismo brazo, un poquito más abajo, repitiendo la operación exactamente igual que la primera vez. Y otra vez, y otra, y otra, entonces despertó mi curiosidad. Llegué a pensar en levantarme para coger una libreta y apuntar el número de picaduras pero luego me di cuenta de que no hacía falta, podía contarlas tranquilamente por la mañana en el cuerpo de Daniel. Además, si me movía, podía asustar al mosquito... No sabía que también pican en la planta de los pies, creía que esa piel era demasiado dura, pero no, el mosquito no se inmutó, chupó la sangre con igual facilidad en pecho, espalda, brazos y planta del pie.

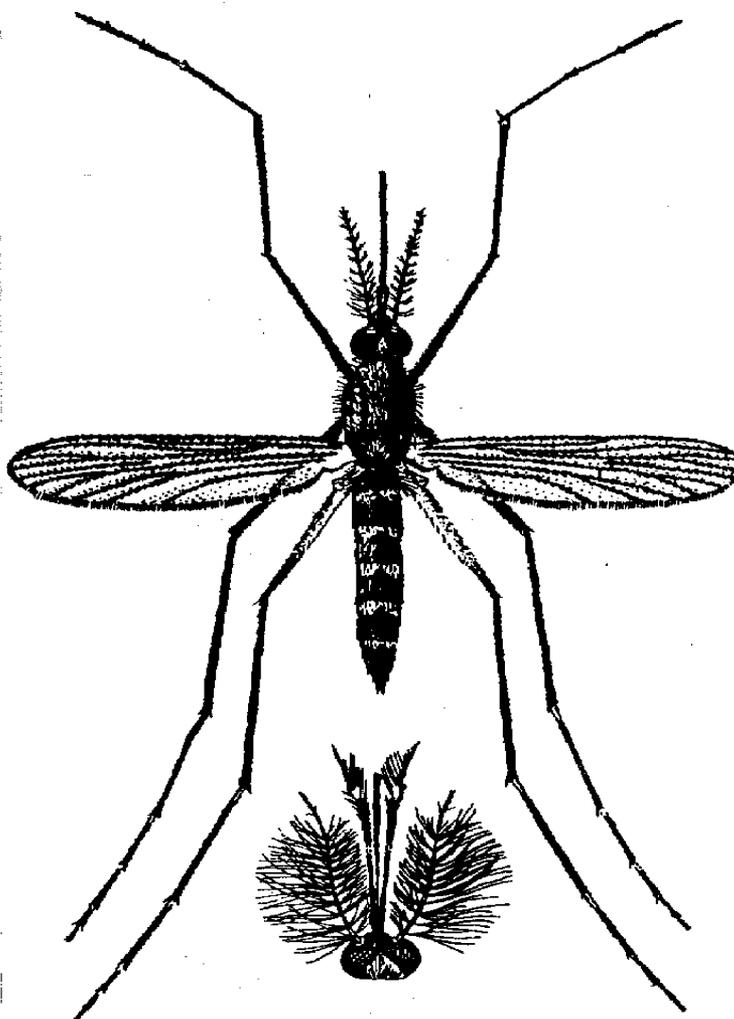
Los mosquitos venecianos prefieren antes a un músico que a un común mortal, eso lo entiendo, no me parece raro. Yo estaba a escasos centímetros, pero sólo quiso sangre de violinista. La capacidad total de un mosquito veneciano es de veinte picaduras, eso, claro está, si nos basamos en el supuesto de que se tratara de un mosquito virgen, es decir, si pensamos que cuando entró por la ventana no le había chupado la sangre a nadie todavía.

Veinte veces solo, ni una más. La vez número veintiuno fue imposible completarla. Me di cuenta de que se acercaba el momento crítico, el mosquito había engordado estirando su piel hasta el punto de volverse transparente y dejar ver dentro la sangre de mi violinista... Que luego digan que los humanos no tenemos medida, que nos pierde el placer, que digan que el instinto animal es sabio.

Me tapé la cara con la sábana y escuché un ruido parecido al que se oye cuando se descorcha una botella de vino; se escuchó mucho más bajito, claro está. Cuando abrí los ojos sólo había una pequeña mancha de sangre en la sábana, llegaría apenas al equivalente de una gota o dos.

Veinte veces, ni una más. En la vez número veintiuno el mosquito reventó. Explotó desapareciendo por completo, no quedó nada de él.

Voy a volver al hotel a ver si mi violinista ha conseguido calmar su temperamento a golpes de lejía. No se puede estar enfadado en esta ciudad.



GAME OVER

Un relato de Alejandro ROMERO

C lavo la rodilla en el suelo y paso la yema de los dedos por el asfalto empapado, justamente en el mismo lugar en el que mi compañero ha caído. Me pongo en pie y huelo el líquido espeso que acabo de tocar. No hay duda, es sangre. Dos está acabado. Cualquier hábito de vida que pudiera haber en su interior sin duda se ha esfumado. Esa maldita cosa se ha encargado de ello.

Miro hacia arriba. La luna argéntea ilumina las ruinas de lo que antes era una poderosa capital, ahora reducida a escombros por causa de la interminable guerra. Estoy yo sólo en medio de la nada. En el anterior puesto de mando perdimos a otro de los nuestros, abatido por uno de esos asquerosos seres que nos tienen cercados. Maldita sea.

Sé cuál es la situación. Soy el único que sobrevive para sacar adelante esto y no queda otra. No hay nadie más que pueda ayudarme en mi empresa, a pesar de que antes éramos cuatro. Cuatro contra un millón. Y ahora únicamente uno.

La meta está cercana, detrás de ese descampado. Pero para llegar a ella he de vérmelas con mi destino. Parece mentira. Yo, el más fuerte de mi clan, siempre ignaro en el miedo, ahora, aquí, en la soledad del holocausto, por fin conozco el significado de esa palabra.

Respiro hondo. He de continuar avanzando. Exploro la pistola que mis robustas manos sostienen y que me proporcionaron en Ciudad Alfa, al comenzar la misión. Aún me queda munición, aunque no sé si será suficiente. Esperemos que la lluvia no haya perjudicado el mecanismo del arma.

Doy un paso al frente y abro mis oídos al máximo. No se escucha nada. Solamente el colisionar de las últimas gotas sobre la piedra. Todas las fibras de mi cuerpo están listas para saltar como una leona sobre su presa cuando oiga el más mínimo gruñido. Sigo hacia delante, ocultándome entre los enormes trozos de edificios desprendidos de las alturas a causa de las explosiones. Me parecen túmulos que celan toda esperanza humana. Al fondo, al este, veo lo que parece una iglesia. He de llegar a ella sea como sea. Calculo que desde mi posición hasta la suya puede haber unos quinientos metros. Eso para mí es papilla. Sonrío, porque soy capaz de recorrerlos en menos de diez segundos. El problema es otro y procede de otro planeta.

“Vamos allá”, pienso. Avanzo unos metros y entonces lo escucho. Un gruñido inconfundible que penetra en mi ánimo como un cuchillo en el pan de molde. Me temo que ya están aquí. Trato de esconderme detrás del escombros más cercano que aprecian mis ojos. Agazapado, recargo la pistola de megaprotones y al poco rato asomo medio cuerpo para enfocar bien el tiro. Entonces es cuando los veo a ellos y ellos me ven a mí. Por fortuna nada más que son seis. El más lejano está en la puerta de la iglesia, a mi norte, haciendo guardia. Los otros cinco se encuentran dispersos a lo largo de toda la explanada, aunque entre ellos y yo hay múltiples obstáculos que me impiden apreciar sus movimientos con claridad. Pero aun así tengo ventaja, porque mi intuición es mucho mayor que su furia. El más próximo a mí se encuentra a unos cincuenta metros al oeste. Creo que desde aquí puedo alcanzarle.

Disparo y no fallo. Rápidamente me agacho tras la roca y escucho, escucho atentamente. Del oeste vienen unos chillidos apabullantes que juzgo procedentes del que acabo de matar. Me asomo apenas y veo que los cuatro que quedaban en la explanada corren hacia el lugar en el que ha caído su compañero, que se retuerce de dolor en el suelo y regurgita algo verduzco por la boca. Al principio esta escena me daba asco y no podía frenar las arcadas, pero uno al final se va acostumbrando a todo. Veo cómo mis enemigos se acercan estupefactos, buscando frenéticos algún homínido que devorar, conscientes de que tiene que estar por ahí cerca, sabedores de que ha sido uno de ellos el único que ha podido hacer eso. Pero son bestias idiotas. Pienso que si los flanqueo tal vez pueda alcanzarles con una granada de combak ultraproteica. No sé si funcionará, pero



El problema es otro y procede de otro planeta.

una cosa es clara: si me quedo en ese sitio es para esperar a la muerte. Así que me pongo manos a la obra y con un rápido movimiento, casi una centella, salto hacia un lado a la vez que lanzo la granada hacia el contrario, al lugar exacto en el que están los cuatro orgoros observando el cadáver del que acabo de aniquilar. La explosión es brutal. Por suerte, he logrado resguardarme tras lo que antes era una esbelta columnata y apenas he sufrido daños. Sólo unos cuantos cascotes desplazados por la onda expansiva que me han golpeado en el casco y en el pecho. Pero por lo demás, todo ha salido correctamente.

Pasado un instante me pongo de pie. La humareda que ha producido la deflagración es espectacular y apenas puedo distinguir nada a mi alrededor. Noto que hay gotas de sangre en la visera de mi casco, por lo que mojo la mano en un charco del pavimento y me la paso por el cristal para limpiarlo un poco. La densa cortina de humo ya se ha desvanecido casi por completo y compruebo que tras ella no queda resto vivo alguno. Tal y como pensaba, los asquerosos invasores se han desintegrado, fruto del combak que contenía la granada. Al fin podía respirar tranquilo. Al fin podía ganar.

De repente siento como si algo me reventase las entrañas. Suelto un alarido

de dolor que el eco se encarga de transportar hasta el infinito. Me doy la vuelta y allí está, detrás de mí, en todo su esplendor, gruñendo y expeliendo viscosidades por su vomitiva oquedad facial. Ha aparecido por sorpresa, de la nada. Yo no le he visto en ningún momento y por eso me ha cogido desprevenido. Aprecio que estoy sangrando en abundancia por un costado. Tal vez esa cosa me haya clavado su aguijón mientras yo estaba valorando las consecuencias de la explosión. A traición y por la espalda, como suelen actuar ellos. Mierda. La cosa ahora sí que está negra.

Apenas puedo moverme, pero logro ponerme en pie. El vientre me duele sobremanera. Imagino que pronto me reuniré con mis compañeros en el reino de las almas, que pronto volveremos a conversar sobre putas y alcohol, como solíamos hacer cuando podían respirar, mientras viajábamos a bordo del helicóptero que nos trasportó hasta Ciudad Delta. Con un brazo tratando de contener la hemorragia me acerco a la bestia, dispuesto a consumir mi venganza a toda costa. No puedo utilizar la pistola, pues sería tirar munición debido a la cercanía de mi enemigo. Es mejor entrar en el cuerpo a cuerpo. Por eso, acerco el único brazo de que dispongo al cinturón y extraigo el puñal ionizado. Yo ya no soy yo, sino la ira hecha músculo. El dolor, la impotencia y la frustración por el ataque me han convertido en un ministro de Satanás.

Corro hacia él blandiendo el cuchillo, con toda mi alma, pero el condenado bicharraco es escurridizo. Tal vez haya topado con el cabecilla de la tribu, que a diferencia de los demás —por eso es el líder— es inteligente. A pesar de que yo soy un experto con el puñal de iones, él está esquivando mis furiosos golpes, saltando de un lado a otro, asestándome cuando me desguarezco endiablados picotazos que terminan por debilitarme aún más. Es una lucha a tumba abierta en la que nadie es superior.

De pronto, siento mis músculos en tensión. Miro a los ojos al bicho y compruebo cómo su horripilante rostro se retuerce, se retuerce y borbotonea por su protoboca ese líquido que tanta repulsión me causaba. Al rato emana un chillido que hace explotar el aire, tan potente que incluso me obliga a arrugar el rostro, a mí, al hombre impasible ante el miedo y la hecatombe.

Saco el puñal de su pecho y la bestia se desploma. Es tan pesada que al caer siento retumbar el pavimento bajo mis pies, salpicándolo todo de agua, barro y sangre acumulada. Gotas de lluvia motean la visera transparente de mi casco y noto su espaciado repiqueteo sobre mí. No era normal que estuviera tanto tiempo sin llover. Arranco un jirón de tela de la indumentaria de la cosa que yace ante mí y limpio el cuchillo de iones del jugo asqueroso que ha adquirido al penetrar en su cerúlea piel.

He empleado las pocas fuerzas que me quedaban en este último ataque y si no hago algo pronto el juego se habrá terminado. Rezo todo lo que sé para que no aparezca ningún orgoro más en mi camino mientras me desplazo, muy lentamente, hasta los supervivientes soportales del sureste que me protegerán de la lluvia y me permitirán acaso morir en paz. Pero por suerte, mis oraciones dan resultado y allí, bajo el techo de hormigón del an-

tiguo casino ya devastado por las llamas, rodeado de luces de neón medio fundidas que parpadean multicolores, encuentro mi salvación en forma de botiquín, semioculto bajo el lodo y la herrumbre oxidada. Lo abro como el niño que abre el regalo más deseado de su vida y mis ojos se iluminan. Tocaba vivir un poco más.

Mientras me inyectaba la salvación por mi vigoroso brazo caí en la cuenta de que cuando las cosas van llegando a sus últimas fases van siendo más complicadas. Nada más me quedaba una presa, pero mientras sentía cómo el líquido de la jeringuilla corría por dentro de mis arterias presentía que iba a ser una de las más duras de cazar de toda mi existencia. Sobre todo si tenía en cuenta que una pistola megaprotónica con el cargador medio vacío no era suficiente para acabar con el vomitivo extraterrestre que me atendía enfrente de la iglesia. Necesitaba algo más dañino, más grande. Algo que me propiciara acabar con él de un solo disparo, de una forma rápida y sencilla. Solamente un poco de sangre y vísceras, y ya está.

Apuro hasta la última gota del bálsamo vivificante y me pongo en marcha. Decido volver al punto en el que me había quedado, a la columnata fatal en la que casi encuentro mi muerte. Cuando llego allí mis ojos perciben en el suelo algo que antes no existía. Me agacho y lo cojo. Donde todos habrían visto un rifle semitrónico de francotirador modelo U756/PPM yo estaba viendo al Mesías salvador. Tenía entre mis manos alta tecnología militar, precisión pura que me había llegado del cielo para traerme la paz. Me quito el casco y dejo que la lluvia alma me invada. El cazador y la muerte están preparados. Sólo falta la presa.

Me pongo de rodillas y agarro el rifle, casi acariciándolo, como se puede acariciar a una mujer recién besada. Las mórbidas gotas de lluvia machacan mi cabeza, me empapan de vida y esperanza. Lo pongo sobre mi hombro, cierro un ojo y coloco el otro delante de la mirilla. Allí está mi objetivo, paciente delante de la iglesia. Ahora puedo verlo más de cerca, más nítidamente. No sabe que tiene los minutos contados.

Transmutado en concentración, sitúo la cruz de la mirilla en la cabeza de mi enemigo. Cada cosa que me rodea desaparece. Ya sólo existe para mí esa crucecita roja que me va a conducir al paraíso y que domeño como si de una dócil mascota se tratase. Lleno mi pecho de aire y contengo la respiración, porque la más mínima desviación, el más leve movimiento, podría suponer el fracaso. Cuando compruebo que todo está listo aprieto el gatillo y disparo, con la luna llena que ahora asoma tras las nubes como único fanal. Suena un trueno a lo lejos. Tampoco fallo.

A través del círculo de cristal aprecio cómo la cabeza de mi objetivo desaparece, convertida en cien pedazos sanguinolentos que se desperdigán por doquier. Al cuerpo que estaba debajo de ella aún le queda un poco de calor y por eso da dos pasos al frente y cae a plomo, precipitándose por las escaleras hasta chocar con el pavimento empapado. Por fin. He llevado a término la misión que se me había encomendado. Pero estoy extenuado y la saliva es algo desconocido para mi lengua. Necesito beber, beber y descansar. Y aguja e hilo en el costado, deshecho por la laceración. Por eso debo llegar hasta el punto de reunión al otro lado de la iglesia, concertado hacía ya muchas horas con mis superiores, allá en Ciudad Beta. Si lo hago, estaré a salvo y todo habrá acabado por hoy.

Echo a correr hacia allí sin reparar en nada, ciego ante la esperanza de salvación, con la lluvia, las nubes y los relámpagos como únicos testigos de mi agonía amarga y dolorosa. Atravieso a saltos los despojos que se interponen en mi camino, entre los que se ocultan botiquines con jeringuillas que me van reinsuflando, poco a poco, la vida. Cuando llego a la escalinata veo yaciente en el suelo el cuerpo decapitado que acababa de crear. Un destello de luz entonces lo ilumina todo y me permite apreciar por un instante la pose grotesca de ese cadáver inmundado. Clavo la rodilla en el suelo y paso la yema de los dedos por el asfalto empapado, pero sólo obtengo agua. He de escapar de este chaparrón si no quiero morir de una pulmonía.

Rodeo la iglesia y lo veo, allí arriba, a lo lejos en el negro cielo, a través del espeso telón de agua, en un pequeño claro que se han dignado a dejar las nubes. Es sólo una lucecita en medio del infinito, una luciérnaga dentro de la cueva más inmensa del mundo, pero dentro de ella está mi salvación. Poco a poco se va acercando a donde estoy y va descendiendo a tierra, haciéndose cada vez más grande, hasta convertirse en un helicóptero cuyo estruendo sincopado se confunde con el de los relámpagos del cielo.

“Ciudad Delta despejada, señor. Tenemos paso libre hasta su guarida en

Ciudad Gamma. Dos y Tres han caído, pero el camino del sur es nuestro”, acierto a gritar entre jadeos mientras subo por la escalera de sogas que pende del vehículo, a la que me agarro con todas las fuerzas que me quedan para no escurrirme. “Bien hecho, muchacho. Volvamos a casa, te lo tienes merecido. Mañana rezaremos por Dos y Tres. Ahora arriba”, dice una voz que reconozco, mientras que unos brazos tan fornidos como los míos me lanzan al interior del vehículo. Y así, mientras noto que el helicóptero asciende súbitamente, como un ángel de metal que se dirige al Elíseo, dejo que la sonrisa conquiste mi cara. Había que continuar sobreviviendo.

Entonces Felipín apagó la videoconsola. Su mamá le llamaba para merendar.



LA MARRANA BLANCA

Un microrrelato de Laura HERRERO

La señora Consuelo había llegado de Cuba, tal vez para quedarse en la casa de la plaza con las dos acacias en la puerta, o para marcharse de nuevo de aquel pueblo amarillo con sabor a moscas en verano, sé que con ella había traído una muñeca. La niña nunca había tenido una, ni tampoco su madre, y así, era algo tan especial esa muñeca, que acabó expuesta en un vasar; como buen objeto decorativo, la niña no pudo nunca jugar con ella. La madre quería guardarla para una ocasión especial, aunque ni ella misma sabía qué podía significar en aquel pueblo esperar una ocasión tal. La niña lloró mucho porque no le dejaban coger su muñeca; su único entretenimiento por entonces era una marranita blanca que habían criado en casa. Entre el sonido de las moscas se echaron un día la siesta, la marranita y la niña, que ya no tenía más hermanos en casa, pues habían huido todos de ese lugar de espera. Cuando la niña despertó, la marranita blanca estaba a su lado y en su hocico tenía todavía el vestidito de la muñeca con la que ella nunca jugó.



LOS DAMNIFICADOS DE NEWTON

Un relato de Cristina ARAÚJO

Allí donde las sábanas habían quedado arrugadas, marcando el peso del cuerpo de ella, su ausencia olía a loción corporal de lavanda y a los redones del humo de su tercer cigarrillo. No llevaba fuera de la habitación más que un minuto y desde cada recoveco bajo el cráneo durísimo de Lytton se remontaban susurros sin intención de aterrizar o de posarse, desquiciantes como un insecto, e hipnóticos, como una hebra de ceniza bailoteando sobre los picos de una hoguera. Lytton desestimó cada opción que se ofrecía. El tono de voz de la conciencia tiene un deje remoto de sabelotodo, de ancianidad, como si su lenguaje se hubiese forjado siglos antes que el organismo que habita y, por eso, no suele ser bienvenido en ningún oído. Todo su empeño lo centró el chico en evadirse mirando por la ventana y leyendo los lomos de algunos libros. No hubo tiempo para más, cuando volvió Ingalin.

Él se había sentado de nuevo en la butaca, justo en la misma posición, lo que delataba aun más el hecho de que no había permanecido quieto todo ese tiempo. Ingalin llevaba el pijama blanco de algodón (más blanco que nunca le pareció a Lytton), y el cabello con esa soltura y fineza de los cabellos recién secados.

El de ella era un cabello discreto sin vocación de estrella de cine, capaz de defraudar a todos los rulos y aguas de peinado. Y a pesar de todo, había que ser Ingalin para entrar en cualquier parte con ese aspecto y media magdalena mordisqueada en una mano (migajas de la mitad ausente prendidas en la parte superior de la camiseta y tiznada de azúcar la comisura del labio), y que algo tan antagónico a la inocencia acudiese a la mente de un hombre. Porque la lujuria es un pecado con dos pretextos: el que disculpa al vicio del que la sufre, y el que va hilvanado a la virtud del que la despierta. Y Lytton no era un tipo tan "impuro" como inmaculada la noción de ella; pero todos tenemos desde niños ese impulso de destruir las cosas intactas y perfectas en su esencia: una figura de Ladró, un lienzo inmaculado, una tarta recién desenvuelta.

Inga saltó sobre el colchón para acomodarse rápidamente antes de que se agotase el placer de la magdalena. Era de esas personas que gustan de sumar cuantos más placeres en el mismo minuto.

-Pues eso, ¿dónde estaba? -antes de retomar su historia hizo una breve pausa en la que se dedicó a desprender del envoltorio restos de azúcar -. Ah, sí, que tenían un vino caliente que se bebe con moras amarillas en el fondo, y le da un gusto así como... riquísimo -arrugó la nariz en un mohín efímero -, pero no podremos contar con él hasta después de Navidad.

Mientras hablaba, iba apurando el final del dulce, registrando cada pliegue del papel, y de cuando en cuando alzaba los ojos y lo miraba sin demasiada entrega. Hablaba de algo sobre vino afrutado y tenía las mejillas encendidas como el tinto, y cada cierto tiempo, se apartaba el flequillo de la cara con el dorso de la mano o soltaba hacia la frente un soplido fugaz que se lo retirase de los ojos. Lytton sonrió; nadie más que ella podría hacer eso sin perder la elegancia. Había visto todos los caprichos de cada edad en el cabello de Inga, desde que llevaba trenzas en primaria hasta aquella melenita que se sujetaba detrás de las orejas en octavo, y el flequillo que tanto le molestó estudiando la selectividad hasta que optó por aprisionarlo para siempre con una horquilla. La había atormentado por su acné de los quince y ahora se burlaba de su crema de contorno de ojos cuando por las noches la extendía tan puntillosa, como si los estuviese restaurando de todo cuanto habían visto o evitado mirar. Y mientras su piel se iba volviendo mate y el perímetro de sus caderas se redondeaba hospitalario, él la dejó ir consumiéndose pétalo a pétalo en los noes de cientos de margaritas. Había muchas chicas paliativas en las barras de los bares y en las prácticas de la facultad que no le esperarían a las nueve para un desayuno de besos y arrullos. Todo cuanto se llevaba de ellas eran las sobras de su carmín en el cuello y un rastro de perfume bajo las solapas

del abrigo. Y desinfectarse de eso no era un proceso largo: una ducha sin conciencia, un beso con aliento a ayuno y el crujido de despedida de la alfombra del portal.

Los labios de Inga habían seguido moviéndose, como tantas veces, sordamente, despilfarrando fantasías cuyas expectativas finalizaban en la frontera del alféizar, y siempre, sin hacer parada en los pensamientos de Lytton. Y aunque nunca fue ajena a ello, tampoco aminoró el ritmo de su fe en que alguna tarde, una muy aburrida, él optase por entenderla. Pero el sufrimiento de él ya tenía bastante con mirarla y con conocer de oídas lo maravilloso que era. Con haber sabido, desde enfrente en la mesa, que cuando su pareja la besaba creyendo que nadie los prestaba atención, ella le cogía de la mano durante ocho o nueve segundos; que de toda la anatomía de un chico, la que más le gustaba acariciar era la nuca; y que nunca se dejaba rodear los hombros por una manga de lana porque el roce le irritaba el cuello. Y además de todo eso, y de mucho más, sabía que con todos aquellos defraudó a Cupido, porque ninguno tenía una prestancia digna de la Mesa Redonda, ni las aptitudes sentimentales requeridas para ser descrito por la pluma de Musset. Pero sobre todo, porque ninguno de ellos era un Lytton; y porque Todo, y más que nada los recuerdos y el amor, se revaloriza con los años.

Ingalin cambió el cruce de las piernas y los calcetines friccionaron uno contra el otro.

-No hagas ese ruido -dijo Lytton a sólo un paso de la hosquedad -. Me das grima.

Inga detuvo su verborrea un instante y chasqueó la lengua. No podía compararse con esos reproches maniáticos de las madres o los amigos. Lo de Lytton más que quejas eran desprecios.

Había visto todos los caprichos de cada edad en el cabello de Inga.

-¿Te doy grima?

Él agitó la cabeza.

-Los calcetines -dijo seco, y al cabo sonrió y la golpeó con complicidad: -. Inga, vamos...

Ella lo miró sin ninguna cordialidad y se levantó a tirar el envoltorio de la magdalena.

-Venga, sigue con lo que estabas contando.

-¿Qué estaba contando? -soltó con intención. Lytton no lo recordaba. Lo último que recordaba era que había movido la cabeza y el pelo se le había deslizado desde el hombro hasta cubrirle el pecho.

-Lo del vino -dijo entonces.

De espaldas a él Ingalin frunció la boca, pero recompuso su gesto de indiferencia justo antes de volver a girarse para regresar a la cama. Llevaba media hora hablando de un pueblo pesquero en los fiordos y del final de Cantando bajo la lluvia. Porque Inga hablaba tanto de Ficción y de Lejanía. Porque sus antónimos le daban pánico. Sabía muy bien que de cerca y sin guiones, los lugares y las personas siempre pierden. Pero también porque la única vez que habló de la Verdad le devolvieron sus palabras con un traje de bufón. Sin embargo, ella no temía a las heridas; se había quedado adormilada muchas madrugadas respunteándose las que Lytton le había causado.

Todavía no había vuelto a mirarlo. Una sola ofensa de él solía traerle enganchadas todas las anteriores. Y no eran pocas. Ingalin se había apoyado contra el cabezera y sacó del cajón de la mesilla el plumier en el que guardaba los pinceles.

-Déjame ya, anda, tengo que acabar una acuarela.

Pero lejos de marcharse, Lytton se levantó de su asiento y se dejó caer sobre el colchón cerca de ella. Enojado, el rostro de Inga se tensaba y las facciones se le afilaban en un tierno intento de disuadir a quienquiera que pretendiese herir su orgullo. Y no era que Lytton pretendiese hierla, pero por cariño, por frustración, o por ser parte tan recurrente en su cronología, se sentía con derecho a molestarla.

-Eres una afectada, Ingalin.

Ella se encogió de hombros y continuó rebuscando entre las láminas, aun sabiendo que las volvería a guardar en el cajón justo después de que él saliese del dormitorio. Y eso era todo lo que estaba dispuesta a esperar. Porque el Miedo es otra de esas cosas que se revalorizan con los años. Y el orgullo. Y por eso ella

ya no se empeñó más en saciar esa recia devoción por el pasado.

-Vamos, tú, quita esa cara -le arrebató la pila de láminas de las manos.

Ella alzó los ojos hostil.



-Cuidate tú de que no te quite la tuya —y no tuvo tiempo de morderse esa lengua tan presta a batirse a muerte.

Lytton no disimuló el agrado que le provocaban esos arranques. Sobre todo, porque todo ese sucedáneo de furia que inicialmente se condensaba en los ojos de Inga iba perdiendo cuerpo a marchas forzadas. Esa tenacidad por agarrarse a cosas en las que no creía era lo que más le conmovía de ella. Más que nada, porque era lo que le mantenía a él fijo en su memoria.

-Venga, cómo vas a pintar ahora con esta luz tan mala...

Tan de cerca de Ingalin, de su cabello, le llegó una vaharada a cítricos, y el pecho se le hinchaba al respirar bajo la tela blanquísima del pijama

-Bueno —se rindió ella dócilmente. Sentía las costillas subir y bajar como un fuelle desquiciado. Racimos de capilares bajo su piel se congestionaron por una estampida de sangre. Se rascó un codo con indiferencia e incorporándose dijo: -. Te voy a enseñar las ilustraciones que retoqué ayer con el aerógrafo...

-Déjalas, ya me las enseñaras luego

-Lytton se hizo el remolón echándose del todo sobre las sábanas, de modo que ella tuvo que apartarse un poco para evitar su roce.

A sus palabras sucedió un silencio en el que docenas de pensamientos enfrentados profanaron, animaron y se acobardaron desde sus escaños. Y en la algarabía ninguno despuntó con una alternativa apropiada.

-Hazme cosquillas en la cabeza, como cuando éramos pequeños —murmuró él. Sólo aguardar el instante en que los extremos más salientes de las yemas de sus dedos entrasen en contacto con su pelo le provocó un escalofrío en el esqueleto; entonces añadió: -. Y cuando me duerma ya pintas tu acuarela. Total, sólo voy a tardar dos minutos en caer.

Cuando lo miró, tenía los ojos cerrados y su rostro estaba vuelto hacia ella sobre la almohada. La sombra del cuerpo de Ingalin lo resguardaba de la luz de la lámpara. No quiso poder evitarlo y deslizó la mano entre el cabello negro, de una suavidad tan imposible que, antes que admirarla, la envidió para sí misma.

-Échate, Inga. Y nos dormimos.

Dicen algunas teorías que la causa del *déjà vu* es que el cerebro duplica su velocidad de percepción y procesa la información dos veces. Quizás sea por suplir todas esas otras en las que no dejamos a las neuronas asimilar la realidad ni una sola. Aunque la razón de esa falta aún no la haya explorado nadie. Inga se echó a su lado incómoda, tratando de no ser absorbida hacia el socavón que el cuerpo de Lytton abría en el colchón. "Pero hazme cosquillas" murmuró él sin abrir los ojos. Volver a acariciarle el pelo ya resultaba mortificante desde esa nueva posición. El aliento de Lytton se le estancaba

en los labios, allí donde ella estaba dejando asfixiarse un millón de besos. Esa noche, lo supo, sólo había dos opciones: iba a llorar o iba a ser feliz y a llorar.

-Podrías bajar la calefacción —dijo -. Así no hay quien se duerma.

-Pues vete al cuarto de estar. Total, sólo vas a tardar dos minutos en caer... —soltó una risa dulce y caprichosa que incendió los sentidos de él.

-En serio, Inga —murmuró con una indolencia muy poco lograda -, estoy sudando. Mientras le acariciaba el pelo, había sentido la vena latir en su sien de un modo insano, y el brazo derecho de Lytton había levitado sobre el contorno de su cintura hasta que la mano quedó posada, descolgada hacia delante, a una pulgada de su pecho.

-Claro, Lytton, seguro que estás sudando por eso...

Él la miró con socarronería. Había reconocido esa mirada en los ojos de Lytton sólo tres veces en toda su vida. Las pupilas abarcaban tanto iris, que el reflejo líquido de la menor fuente luminosa en ellas se ampliaba como en un cristal óptico, y era tan efectista el destello que no dejaba lugar a equívocos. Sin embargo todo el deseo que allí dentro rastreó Ingalin, se medía en minutos. Y lo suyo era una turbación de muchos años.

-Claro que es por eso, pequeñaja —y acomodó el rostro en la almohada a un suspiro de sus labios.

Entonces vete a dormir a tu piso —dijo sin riesgo, aunque por un instante una náusea le cerró la garganta. No habría podido soportar verlo salir.

Lytton tardó un rato en contestar. Parecía tranquilo, casi un ente sin emociones. Inclín un poco la cabeza hacia adelante.

-Está bien. Me iré ahora... —murmuró -. Tengo que grabar unos archivos en el disco duro.



*Dicen algunas teorías que la causa del *déjà vu* es que el cerebro duplica su velocidad de percepción y procesa la información dos veces.*

La mano que aún reposaba en su costado, a punto de rozar su pecho, se deslizó entonces en sentido opuesto al que obligase la lujuria, y abarcó su cintura. La besó en la frente primero, ardiendo como la de una niña afectada de fiebres. Después en los labios sin precipitación, con tanto esmero como si hubiese aguardado ese instante desde sólo un día después que ella. Su cuerpo cubrió el de Inga adosándose sus vientres, y ambos sintieron el palpitar del otro y la piel enfrente bullir a la misma temperatura. Pero antes de decidirse por los rincones menos "puros" (y sabía que el pecho de ella era de una pulcritud renacentista), perseveró en su cuello y sus mejillas, y en el resto de lugares cotidianos. La espalda de Lytton era ancha cuando lo abrazó, no la recordaba tan ancha, y quisiera haberse protegido el resto de su vida detrás de ella. O debajo. Incluso aunque le estaba pesando de ese modo sobre el diafragma y las costillas sin dejarla respirar. Incluso aunque tanto amor no lo traducían sus hormonas en festejos.

Él arrastró por todo el arco de la clavícula sus labios al rojo vivo, y aunque sus dedos se contraían impacientes por tomar curvas mayores, el chico se contuvo con abnegada disciplina. Había imaginado tantas veces cómo sería palpar su epidermis de punta a punta, que la realidad le supo ajena e inclemente; y empezó a sentir que los conductos del placer se le inundaban de un efluvio denso y ácido como el vómito. No era la primera vez que le pasaba. Le había pasado todas, pero antes siempre hubo alcohol o desgana. Y aunque arrastraba esa mentira, su inapetencia nunca faltaba a la verdad, ni lo hizo esta vez, cuando el tacto de lo sublime le arrancó del cuerpo el ardor y lo llenó de pánico: no esperaba que incluso el Amor pudiese ser revocado por la Ley de la Gravedad.

En mitad de su abrazo, Inga supo que ese Lytton tembloroso y en llamas había dejado de ser pasión. Pero lo siguió sosteniendo. Discreta y mansa, todavía le dejó volver a intentarlo. En el fondo la aliviaba ese empate en ataraxia. La mano se crispó contra su pecho con nervio y

sus besos se sucedieron rápidos, desacompañados. Labró el espacio entre sus piernas y se retiró sin concesiones. Una vez. Dos. Hiperventilaba y no era de anhelo. Gruñó un sollozo. Cuando hubo hallado el modo de asentarse sobre ella, Ingalin supo que se iba a romper de dolor. Pero por sentir a Lytton se hubiese dejado sangrar el corazón con una estaca; cuánto menos un órgano más prescindible. Él se acomodó mejor, la besó casi con odio, un odio igual de platónico, y registró su cuerpo como un sabueso sin aliento en busca de la pista definitiva. Y entonces se detuvo. Ni siquiera había sido consciente de que hacía casi un minuto que ella lo abrazaba estática, transigiendo su histérico afán. Y probablemente Inga tampoco había percibido su propia actitud. Lytton frenó todo movimiento y por unos instantes se quedó echado encima de ella, apoyados en el colchón los antebrazos, flanqueando el rostro de ella, su cabello oleoso, y la frente moteada por una constelación de copos de sudor. El calor que Ingalin sintió

de él ya era sólo el que le robaba a su aura. La garganta de Lytton produjo un gemido que no sonó a lamento, ni a disculpa, ni a justificación; pero que salió marcado por la misma esencia infausta y afligida de todos esos actos.

-Inga, es que tú eres... —no completó. Ni importaba. A menudo los motivos son secundarios a los hechos.

Ni siquiera él sabía lo que era. Sólo que desde ella, su concepto de la amistad y del Amor se infectó de soberbia,

de terror, de escepticismo, de ira. Y ni el ingrediente masivo de la ternura podía camuflar el hedor de aquel fermento. Estaban condenados, como Apolo y Dafne, a estar para siempre sólo a punto de tenerse.

Lytton estaba ahora echado sobre el costado derecho, y se inclinó un poco más, quedando casi boca abajo. Tenía una picadura en la espalda. Una picadura cualquiera del más infeliz mosquito que andaría ya enterrado en la nieve. Pero cualquier motivo de Lytton medido en milímetros alentaba en ella un instinto de custodiar su bienestar. Ingalin cogió la sábana y la deslizó desde la cintura de Lytton hasta la altura de los hombros. No le importaban las razones que él tuviera; lo habría querido igual fuese como fuese, más torpe, menos amigo, o aunque hubiese sido una mujer.

-Ingalin —dijo ante el mutismo de ella, pero no hubo respuesta.

Al cabo se incorporó y la rodeó para salir de la cama, sin rozarla. El deslizamiento de las sábanas en su huída, el golpe de su talón contra el suelo, fueron la prolepsis de una evasión que no les supo tan agria por serles ya demasiado familiar. El chasquido del picaporte sonó a fractura. Lo único que pudo permitirse desear Ingalin en aquel momento fue que todo hubiese ocurrido en el piso de Lytton. Para ser ella la que se marchase.